Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION 4052

				B	R
				4	0
4	6	0	9	1	1
5	2	3	7	0	2
2	6	8	5	0	2
1	5	0	8	0	2



Página/2/3

EL CASO BLANCHE



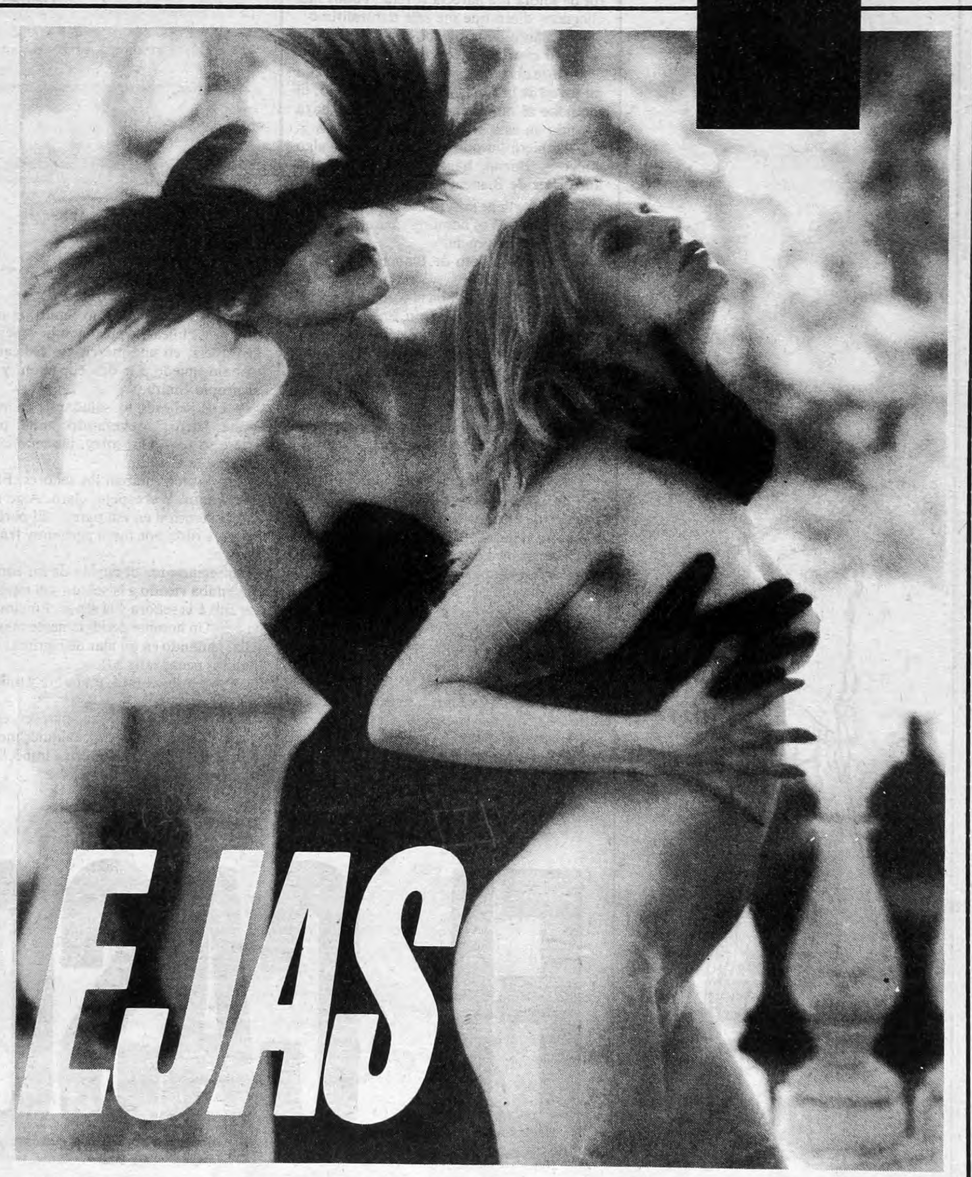
Verano/12

(*Por Rosa Montero*) La pareja es un extraño animal bicéfalo de costumbres en general privadas, si bien suele manifestarse de manera más abierta en fechas navideñas, entre nubes de polvorones y surtidores de champaña barato, por lo que se recomienda a los zoólogos que aprovechen la ocasión para estudiar el bicho.

Hay parejas, por ejemplo, de natural exhibionista y mangoneante. Llegan las fiestas familiares empujando ante sí un rebaño de crías, futuras parejitas que aún no estan en sazón y que se pasan la noche pateando espinillas. Estas gentes son quienes más comen y más hablan. Dictaminan dónde debe sentarse cada cual y opinan con igual rotundidad de los vinos de la cena y de las vidas ajenas. Son insufribles.

Hay parejas que, por el contrario, son del género ceñudo y arrugado. Desde que llegan, parecen estar malhumorados, como si arrastraran sobre sus hombros un desaire tan antiguo como el mundo. Apenas si hablan, y cuando lo hacen sueltan frases crípticas del tipo de "claro, como vosotros siempre os habéis cogido los pedazos más grandes de las tartas.'", todo dicho con mucho retintín y un amplio despliegue de miradas aviesas.

Hay otras parejas que están más desunidas. Las hay tan desamoradas y desatentas que la mujer puede regalarle al marido una caja de puros, por ejemplo, sin recordar que el hombre no fuma. O parejas tan envenenadas y perversas que el esposo obsequie a su señora con una inmensa caja de bombones, a sabiendas de que la mujer es un ballenato y está a dieta. Y aun hay, en fin, parejas más raras, capaces de lanzarse una mirada de complicidad por encima del plato de besugo: un chispazo de reconocimiento y recuerdos comunes. ¿Hay de verdad cariño en estas criaturas o sólo necesidad y rutina? Enigmática realidad la de estas bestias.



PAREJAS

EL CASO BLANCHE

Por Rudy

Conocido para los lectores de este matutino por reírse en la tapa y en Sátira/12 de la política nuestra de cada día, Rudy publicó junto a Daniel Paz "El nombre de la risa", "Con democracia se ríe", "Ríanse, no los voy a defraudar", "Ríanse II: Primer Mundo allá vamos". Sin su socio, solita su alma, escribió "Buffet Freud", del que está preparando una segunda edición aumentada. En este suplemento se publica un relato inédito. Léanlo, no los va a defraudar.

Ella llegó de repente. Entró a mi oficina (de algún modo hay que llamar al ridículo sitio en que atiendo a mis clientes) y se miró en el espejo. Era bella. Aún era bella. Quedó un rato contemplando su propia imagen orgullosa en el espejo y fue entonces cuando decidí recordarle mi presencia.

—Buenos días —le dije.

—Lo serán para usted —me respondió—. Mi esposo y yo estamos desesperados. Nuestra hija Blanche desapareció hace varios días y tememos por su suerte.

—Por mi suerte no se preocupen —le dije—, mi presupuesto de detective no da como para jugar loterías ni mucho menos para ir al hipódromo.

—No se haga el idiota que le sale mal —insistió ella mientras volvía a contemplarse y se ajustaba levemente el peinado—, es por la suerte de nuestra hija por lo que tememos.

Yo estaba de acuerdo con ella en un aspecto, pero disentía en otro. Me parecía razonable preocuparse, y mucho, por una joven que falta de sus sitios habituales por varios días, pero por otra parte su crítica a mi rol de idiota me parecía severa. Todos mis allegados dicen que me sale naturalísimo.

—¿Cuánto tiempo hace que Blanche falta de su casa?

—Hace unos días salió a dar un paseo con un joven de la zona, y nunca más volvió, ni tampoco el muchacho. Temo que se haya perdido en esta selva de cemento.

—Hubiera llevado piedritas —dije, algo cínico—. Bueno, hágame una lista de las amistades de Blanche.

—Oh, ella tiene muy pocos amigos. La cuidamos mucho. Los hombres abusarían de su belleza y su inocencia.

—¿Tiene una foto de Blanche?

Tenía.

Mientras yo observaba la foto de Blanche ella volvió a mirarse al espejo. En un momento dado la foto de Blanche se interpuso entre el espejo y su madre. Ella apenas pudo contener una mueca y rompió en llanto.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Me acerqué a ella.

—Entiendo, señora, que la ponga mal ver la foto de Blanche. Es tan bella.

Realmente lo era.

Tomé el caso. No es lo único que tomé. Fui al bar de Pete a buscar unos wiskies y un poco de información. La información que había era vieja, el mozo no me la recomendó. Así que no bien los wiskies me lo permitieron (los había tomado en ayunas) me levanté y me dirigí directamente a la mansión de los Nieger, tal era el apellido de la familia en cuestión.

A decir verdad, llamar a eso una mansión era injusto. La vivienda era un verdadero castillo real, con súbditos y todo. Un poco desordenado, no vamos a negarlo, pero un sitio de gente de dinero.

Me recibió Phileas, el mucamo.

Le comenté algo sobre el desorden, y me hizo una extraña referencia a que en los tiempos de la anterior dueña esas cosas no pasaban. Pero entonces llegó Smith, el mayordomo, y Phileas se puso a pulir espejos con la franela, en una mezcla de dedicación al trabajo, miedo a la desocupación y temor al propio Smith.

—Los señores lo saludarán en el atrio —me dijo, revelando un pasado eclesiástico—. Oh, sorry, los señores lo recibirán en el salón.

En el salón estaban los señores. El señor y la señora. Y el espejo, claro. Algo me llamó la atención en esa pareja. El parecía un hombre rudo por fuera pero muy frágil por dentro.

Enseguida me di cuenta de mi equívoco. Yo estaba viendo a la señora y el espejo Nieger, no a la señora y el señor. Finalmente lo vi a él. Un hombre decididamente mayor que ella, nadando en un mar de lágrimas del que a duras penas salía a flote.

—¡Mi pobre hijita, mi pobre y única hijita!

—Bueno, Bert, ya va a aparecer, es joven y tiene documentos, en cualquier momento la trae la policía, o el joven e imbécil detective que contraté.

Ese vendría a ser yo.

Smith miraba impávido la escena... como un espejo más. Tal es así, que Phileas casi lo limpia por error.

—Y dígame, señor Nieger —comencé a ejercer mi labor—. ¿Qué saben ustedes del joven con quien saliera Blanche?

De reojo pesqué un imperceptible intercambio de miradas entre Smith y el espejo en que se miraba la madre de Blanche. Con el rabillo del otro ojo percibí una extraña sonrisa en Phileas. Bert, a su vez, percibió mi súbito estrabismo y me agarró justo antes de que me cayese al suelo.

—Ejem —éste fue Smith—, si los señores me permiten, retiraré la bandeja del té.

Tuve que convencer a Smith de que yo no era una taza, pues a toda costa quería sacarme de escena. Mientras tanto, escuchaba los sollozos de Bert.

—Mi hijita, mi pobre hijita.

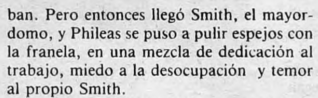
—¡Siempre tu hijita, siempre tu hijita, como si ella fuera la más bonita! —se burlaba la mujer, espejo mediante.

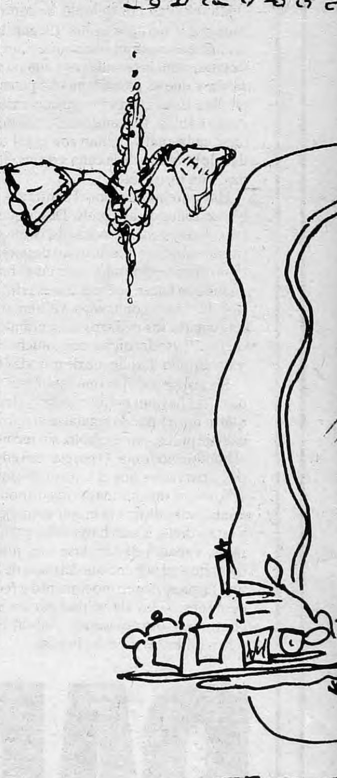
Finalmente pude reducir a Smith, y aproveché su imprevisto tamaño pequeño para interrogarlo.

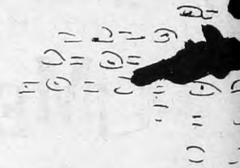
—Está bien, lo confieso, la joven Blanche salió conmigo, pero no es para lo que usted cree.

—¿Y entonces, para qué?

—No lo sé, eran órdenes de la señora Nieger.







EL CASO BLANCHE

Por Rudy

Conocido para los lectores de este matutino por reírse en la tapa y en Sátira/12 de la política nuestra de cada día, Rudy publicó junto a Daniel Paz "El nombre de la risa", "Con democracia se ríe", "Ríanse, no los voy a defraudar", "Ríanse II: Primer Mundo allá vamos". Sin su socio, solita su alma, escribió "Buffet Freud", del que está preparando una segunda edición aumentada. En este suplemento se publica un relato inédito. Léanlo, no los va a defraudar.

Ella llegó de repente. Entró a mi oficina (de algún modo hay que ilamar al ridículo sitio en que atiendo a mis clientes) y se miró en el espejo. Era bella. Aún era bella. Quedó un rato contemplando su propia imagen orgullosa en el espejo y fue entonces cuando decidí recordarle mi presencia.

—Buenos días —le dije.

—Lo serán para usted —me respondió—. Mi esposo y yo estamos desesperados. Nuestra hija Blanche desapareció hace varios días y tememos por su suerte.

—Por mi suerte no se preocupen —le dije—, mi presupuesto de detective no da como para jugar loterías ni mucho menos para ir al hipódromo.

—No se haga el idiota que le sale mal —insistió ella mientras volvía a contemplarse y se ajustaba levemente el peinado—, es por la suerte de nuestra hija por lo que tememos.

Yo estaba de acuerdo con ella en un aspecto, pero disentía en otro. Me parecía razonable preocuparse, y mucho, por una joven que falta de sus sitios habituales por varios días, pero por otra parte su crítica a mi rol de idiota me parecía severa. Todos mis allegados dicen que me sale naturalísimo.

—¿Cuánto tiempo hace que Blanche falta de su casa?

—Hace unos días salió a dar un paseo con un joven de la zona, y nunca más volvió, ni tampoco el muchacho. Temo que se haya perdido en esta selva de cemento.

—Hubiera llevado piedritas —dije, algo cínico—. Bueno, hágame una lista de las amistades de Blanche.

—Oh, ella tiene muy pocos amigos. La cuidamos mucho. Los hombres abusarían de su belleza y su inocencia.

—¿Tiene una foto de Blanche?

Tenía.

Mientras yo observaba la foto de Blanche ella volvió a mirarse al espejo. En un momento dado la foto de Blanche se interpuso entre el espejo y su madre. Ella apenas pudo contener una mueca y rompió en llanto.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Me acerqué a ella.

—Entiendo, señora, que la ponga mal ver la foto de Blanche. Es tan bella.

Realmente lo era.

Tomé el caso. No es lo único que tomé. Fui al bar de Pete a buscar unos wiskies y un poco de información. La información que había era vieja, el mozo no me la recomendó. Así que no bien los wiskies me lo permitieron (los había tomado en ayunas) me levanté y me dirigí directamente a la mansión de los Nieger, tal era el apellido de la familia en cuestión.

A decir verdad, llamar a eso una mansión era injusto. La vivienda era un verdadero castillo real, con súbditos y todo. Un poco desordenado, no vamos a negarlo, pero un sitio de gente de dinero.

Me recibió Phileas, el mucamo.

Le comenté algo sobre el desorden, y me hizo una extraña referencia a que en los tiempos de la anterior dueña esas cosas no pasaban. Pero entonces llegó Smith, el mayordomo, y Phileas se puso a pulir espejos con la franela, en una mezcla de dedicación al trabajo, miedo a la desocupación y temor al propio Smith.

—Los señores lo saludarán en el atrio —me dijo, revelando un pasado eclesiástico—. Oh, sorry, los señores lo recibirán en el salón.

En el salón estaban los señores. El señor y la señora. Y el espejo, claro. Algo me llamó la atención en esa pareja. El parecía un hombre rudo por fuera pero muy frágil por dentro.

Enseguida me di cuenta de mi equívoco. Yo estaba viendo a la señora y el espejo Nieger, no a la señora y el señor. Finalmente lo vi a él. Un hombre decididamente mayor que ella, nadando en un mar de lágrimas del que a duras penas salía a flote.

—¡Mi pobre hijita, mi pobre y única hijita!

—Bueno, Bert, ya va a aparecer, es joven y tiene documentos, en cualquier momento la trae la policía, o el joven e imbécil detective que contraté.

Ese vendría a ser yo.

Smith miraba impávido la escena... como un espejo más. Tal es así, que Phileas casi lo limpia por error.

—Y dígame, señor Nieger —comencé a ejercer mi labor—. ¿Qué saben ustedes del joven con quien saliera Blanche?

De reojo pesqué un imperceptible intercambio de miradas entre Smith y el espejo en que se miraba la madre de Blanche. Con el rabillo del otro ojo percibí una extraña sonrisa en Phileas. Bert, a su vez, percibió mi súbito estrabismo y me agarró justo antes de que me cayese al suelo.

—Ejem —éste fue Smith—, si los señores me permiten, retiraré la bandeja del té.

Tuve que convencer a Smith de que yo no era una taza, pues a toda costa quería sacarme de escena. Mientras tanto, escuchaba los sollozos de Bert.

—Mi hijita, mi pobre hijita.

—¡Siempre tu hijita, siempre tu hijita, como si ella fuera la más bonita! —se burlaba la mujer, espejo mediante.

Finalmente pude reducir a Smith, y aproveché su imprevisto tamaño pequeño para interrogarlo.

—Está bien, lo confieso, la joven Blanche salió conmigo, pero no es para lo que usted cree.

—¿Y entonces, para qué?

—No lo sé, eran órdenes de la señora Nieger.

¡Conque la señora Nieger! ¿Por qué una madre ordenaría a un hombre salir con su hija y volver sin ella? ¿Sería para protegerla de algo?, ¿tal vez de su propio padre?, ¿tal vez el señor Nieger no es el verdadero padre de Blanche?, ¿tal vez haya algo después de la muerte? Eran demasiados interrogantes para mí.

Debía hablar con la señora Nieger. Debía encontrar a Blanche antes de que su padrastro lo hiciera. Debía tantas cosas. Finalmente decidí averiguar qué más sabía Smith antes de que recuperase su tamaño normal.

—¿Dónde dejaste a Blanche?

—Oh, ella se me escapó, por ahí.

Por ahí. Fácil es decirlo. Pero el que la tenía que encontrar era yo. Lo volví a reducir con un golpe, y cuando no medía más de 90 cm lo guardé en un placard y me fui.

Comencé a recorrer la noche. Estaba oscuro. Ladrones, putas y panaderos hacían su trabajo en silencio. De pronto, una pequeña y siniestra figura rompió el clima con su canto.

—Ay voy, ay voy, ay voy a trabajar... —cantaba el hombrecillo.

—¿Adónde crees que vas, enano? —le pregunté tomándolo del pelo por error, ya que mi intención era tomarlo de la solapa, pero era muy bajito.

A trabajar señor, tengo seis hermanos pequeños y una forastera que mantener.

Una forastera. ¿Sería Blanche?

—Vamos a tu casa —le indiqué.

—No señor, no es lo que usted cree, ése no es mi trabajo, soy ayudante de panadero —me dijo el pequeño.

—¡A tu casa, dije!

—Okey, okey, pero son cien dólares la hora, muchacho.

Le di un pequeño golpe, no sea cosa de reducirlo demasiado, y lo seguí a su casa. La forastera era efectivamente Blanche, y no bien la vi, corrí a avisarle a su madre y cobrar los honorarios correspondientes, que me pagó sin mirarme, ya que se estaba contemplando ella misma.

Al salir, Phileas me interceptó.

—Buen trabajo, señor, ahora el señor Nieger podrá vivir tranquilo.

—¿El señor Nieger? Sí, puede ser, pero sobre todo la señora Nieger, la madre de la joven.

—La madrastra, dirá usted.

—¿Madrastra?

—Sí, lamentablemente el señor enviudó siendo su hija muy pequeña, y volvió a casarse con la señora de los espejos.

O sea que era eso. La señora Nieger hizo desaparecer a su hijastra para quedarse a solas con él, o con el espejo, o con Smith, vaya uno a saber. Entonces ahora Blanche estaba en peligro.

No había tiempo que perder. Salí corriendo a la casa de los pequeños. Llegué tarde, la joven yacía postrada.

El pequeño panadero salió a recibirme.

—No entiendo qué pasó. Vino una señora con un espejo, saludó efusivamente a Blanche, le dio algo de comer, y la joven cayó desvanecida.

¡Envenenamiento! ¡Había que buscar el antídoto, pronto! Salí a conseguir una farmacia de turno.

—Contra esto no hay remedio —me dijo el farmacéutico—. Sólo un gran shock podría sacarla de su letargo. Si no, todo será inútil.

—¿Un gran shock? ¿Como qué?

—¿Es virgen la chica?

—Eso creo.

—Pues ya tienes la respuesta.

Volví corriendo a la casa de los pequeños. Pero Blanche ya había despertado. A su lado, un despreciable rubio jovencito.

—Este es mi novio, Nigel, los muchachos lo llamaron por teléfono y él vino y me despertó. Gracias por todo, señor detective.

Salí silbando bajo. Llegué a mi oficina con el tiempo exacto para recibir a mi próxima clienta, una señora desesperada.

—Estoy desesperada. Hace unos días envié a mi hijita a llevarle comida a mi mamá, y desapareció...

Y me mostró una foto de una nena, cubierta con una capuchita roja.









¡Conque la señora Nieger! ¿Por qué una madre ordenaría a un hombre salir con su hija y volver sin ella? ¿Sería para protegerla de algo?, ¿tal vez de su propio padre?, ¿tal vez el señor Nieger no es el verdadero padre de Blanche?, ¿tal vez haya algo después de la muerte? Eran demasiados interrogantes para mí.

Debía hablar con la señora Nieger. Debía encontrar a Blanche antes de que su padrastro lo hiciera. Debía tantas cosas. Finalmente decidí averiguar qué más sabía Smith antes de que recuperase su tamaño normal.

—¿Dónde dejaste a Blanche?

—Oh, ella se me escapó, por ahí.

Por ahí. Fácil es decirlo. Pero el que la tenía que encontrar era yo. Lo volví a reducir con un golpe, y cuando no medía más de 90 cm lo guardé en un placard y me fui.

Comencé a recorrer la noche. Estaba oscuro. Ladrones, putas y panaderos hacían su trabajo en silencio. De pronto, una pequeña y siniestra figura rompió el clima con su canto.

—Ay voy, ay voy, ay voy a trabajar... —cantaba el hombrecillo.

—¿Adónde crees que vas, enano? —le pregunté tomándolo del pelo por error, ya que mi intención era tomarlo de la solapa, pero era muy bajito.

A trabajar señor, tengo seis hermanos pequeños y una forastera que mantener. Una forastera. ¿Sería Blanche?

—Vamos a tu casa —le indiqué.

—No señor, no es lo que usted cree, ése no es mi trabajo, soy ayudante de panadero —me dijo el pequeño.

—¡A tu casa, dije!

—Okey, okey, pero son cien dólares la hora, muchacho.

Le di un pequeño golpe, no sea cosa de reducirlo demasiado, y lo seguí a su casa. La forastera era efectivamente Blanche, y no bien la vi, corrí a avisarle a su madre y cobrar los honorarios correspondientes, que me pagó sin mirarme, ya que se estaba contemplando ella misma.

Al salir, Phileas me interceptó.

—Buen trabajo, señor, ahora el señor Nieger podrá vivir tranquilo.

—¿El señor Nieger? Sí, puede ser, pero sobre todo la señora Nieger, la madre de la joven.

—La madrastra, dirá usted.

—¿Madrastra?

—Sí, lamentablemente el señor enviudó siendo su hija muy pequeña, y volvió a casarse con la señora de los espejos.

O sea que era eso. La señora Nieger hizo desaparecer a su hijastra para quedarse a solas con él, o con el espejo, o con Smith, vaya uno a saber. Entonces ahora Blanche estaba en peligro.

No había tiempo que perder. Salí corriendo a la casa de los pequeños. Llegué tarde, la joven yacía postrada.

El pequeño panadero salió a recibirme.

—No entiendo qué pasó. Vino una señora con un espejo, saludó efusivamente a Blanche, le dio algo de comer, y la joven cayó desvanecida.

¡Envenenamiento! ¡Había que buscar el antídoto, pronto! Salí a conseguir una farmacia de turno.

—Contra esto no hay remedio —me dijo el farmacéutico—. Sólo un gran shock podría sacarla de su letargo. Si no, todo será inútil.

—¿Un gran shock? ¿Como qué?

—¿Es virgen la chica?

—Eso creo.

—Pues ya tienes la respuesta.

Volví corriendo a la casa de los pequeños. Pero Blanche ya había despertado. A su lado, un despreciable rubio jovencito.

—Este es mi novio, Nigel, los muchachos lo llamaron por teléfono y él vino y me despertó. Gracias por todo, señor detective.

Salí silbando bajo. Llegué a mi oficina con el tiempo exacto para recibir a mi próxima clienta, una señora desesperada.

—Estoy desesperada. Hace unos días envié a mi hijita a llevarle comida a mi mamá, y desapareció...

Y me mostró una foto de una nena, cubierta con una capuchita roja.



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

3. El dios de las Encrucijadas

Ya en el tercer capítulo de nuestro folletín, deberíamos decir algo sobre la razón de su título, "La portadora". Se refiere a nuestra protagonista, Viviana, que en este momento, ya secas las lágrimas que en el capítulo anterior vimos sobre sus mejillas, llega a casa de la tía Gladys, en cuya salita dispondrá su precario sofacama. Como siempre la tía Gladys la recibe hablando sin cesar, hoy le cuenta lo sucedido con un señor que ella invitó a tomar el té, él parecía tan serio pero intentó propasarse como tantos, como todos los hombres que no huyen cuando ella los invita a tomar el té en su sala llena de gatos alzados. La tía Gladys tuvo gatos en su casa desde su joven viudez hace ya treinta años; sus animales, bien atendidos, vivían largas vidas, y al morir la tía Gladys los hacía embalsamar, pero con la particularidad de que el pene quedara en erección; tarea inhabitual para el taxidermista, pero no muy difícil, ya que la misma elasticidad de la piel que hace posible la erección en el animal vivo puede aprovecharse para obtener, en el muerto, idéntico resultado formal aunque no, desde luego, funcional. Capricho o designio inocente, que la tía Gladys mantuvo con tozudez pese a todos los problemas que le trajo. Ya cuando, hace dieciocho años, apareció en su living el primer gato embalsamado, se generó una divisoria de aguas entre las amigas que continuaron siéndolo y las que fueron apartándose, no siempre con escándalo o por pacatería sino sencillamente por no tolerar ya la presencia y, después, la proliferación, cuando fueron dos, tres, cinco, diez gatos, más de veinte gatos. Del mismo modo, buena modista como es la tía Gladys, las clientas sin embargo no duraban, eso de tener que probarse la ropa entre los gatos de la ya famosa sala de la tía Gladys fue creando una especie de reticencia barrial, y aun las que en realidad se hubieran divertido entre tanto animal macho se retraían, y Gladys terminó en el tallercito de zurcidos invisibles y arreglos varios de una vecina más afortunada o hábil, trabajando por miserables porcentajes, ocupación que transmitió a su sobrina y ya contaremos lo que Viviana hubo de soportar en el tallercito.

Nos hemos distraído de nuestro propósito de explicar el nombre del folletín, así como Viviana se distrae con la charla de Gladys, tan repetida; es que Viviana, *la portadora*, no quisiera pensar en aquello que nosotros no querríamos narrar. La tía Gladys nunca se preocupó por dar razones de su pequeña manía, y ante toda pregunta se limitaba a un porque sí definitivo, tan rotundo como lo son las formas de su cuerpo, firmes aún, intocadas por varón ninguno desde hace treinta años, hasta que una vez, en una de las conferencias sobre los más raros temas a las que suele concurrir los sábados a la tarde, "El shintoísmo y nosotros", se llamaba aquélla, supo Gladys que el falo, el pene erecto es un símbolo antiquísimo de la fertilidad y la fuerza generatriz de la naturaleza; por ejemplo, a la vera de los viejos caminos japoneses el dios de las Encrucijadas estaba representado por este símbolo, escuchó la tía Gladys inundada por la gratitud de quien descubre que lo que durante muchos años hizo con ciega certeza tenía su razón de ser, no fue en vano, el dios de las Encrucijadas, repetía la tía Gladys al volver de la conferencia al reencuentro con sus animalitos, todos en la pose viril que no tuvieron en sus vidas higiénicamente castradas.

Tal vez sería mejor que el folletín dijera su título a los lectores en forma tan rápida y clara como la que el doctor usó con Viviana, *portadora asintomática*, pero el folletín vacila y teme, y su temor no es muy distinto al que siente su personaje: al narrar las cosas de Viviana, este folletín portará en sus palabras lo que Viviana porta en su cuerpo; entonces los otros, los lectores, ¿se alejarán, nos temerán, nos dejarán? Como Viviana, no tenemos respuesta. Pero ella, tal vez porque adivina que la estamos mirando desde el folletín, en la encrucijada no postergará ya enfrentarse con lo más doloroso. Entonces, dejamos a la tía Gladys, que reencontraremos en momentos decisivos de nuestra historia. Ahora vamos hacia lo más difícil de contar y, al afrontar una empresa difícil, cada uno se encomienda a su Dios o a sus dioses. Este folletín, erótico, se encomienda al dios de la vida que renace, al del milagro sencillo. Al dios de las Encrucijadas.

(Continuará.)



JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Descubra las palabras en el diagrama. Cada una se lee en línea recta, hacia adelante, hacia atrás, hacia abajo, hacia arriba o en diagonal.

Find the words in the diagram. Each one of them reads in a straigh line, forwards, backwards, up, down or diagonally.

VALLE .... VALLEY
PICO .... PEAK
DESFILADERO .... PASS
LADERA .... SCREE
MESETA .... PLATEAU
COLLADO .... SADDLE
GRIETA .... CREVASSE
OLLA .... CHIMNEY

A	I	E	A	L	A	D	E	R	A	L	O	R
M	L	L	O	A	E	A	C	V	E	A	R	L
E	C	O	L	L	A	D	O	H	A	S	L	F
S	S	C	R	E	E	E	R	T	A	L	L	I
E	M	K	T	D	V	G	E	D	N	S	L	D
T	P	V	A	I	Y	S	D	E	A	L	O	E
A	R	L	L	E	S	L	A	P	P	O	K	C
A	O	L	L	A	E	E	L	A	C	A	H	E
A	R	L	V	L	H	A	I	L	E	I	S	F
E	A	E	T	L	T	P	F	P	M	I	M	S
V	R	K	T	E	I	D	S	N	V	G	N	S
C	D	P	A	C	A	T	E	I	R	G	V	A
I	E	U	O	A	L	Y	D	O	R	L	L	O

ENIGMA

Cierta niñita exige que cada noche, antes de dormir, papá y mamá le cuenten sus cuentos de hadas favoritos. Descubra qué hada protagoniza cada historia, a quién vence y qué "arma" utiliza.

1. Marlena vence a la pérfida reina, pero no en "Las fiestas" ni en el otro cuento en que el hada usa unas raras cuerdas.

2. Arianne es el hada de "Dos claves", pero no combate al enano, ya que éste es el "malo" de "Las águilas".

3. La espada invencible hace que "La tórtola" tenga un final muy feliz.

4. Casandra usa el brazalete encantado, aunque no contra el siniestro mago.

5. Quien ordena a las cuerdas que envuelvan al general traidor no es Glenda.

6. El ogro es vencido gracias a unas pequeñas galletas, pero no en "Las fiestas" ni en el otro cuento que protagoniza Secreta.

		HADA					VENCE A					CON				
		Arianne	Casandra	Glenda	Marlena	Secreta	Enano	General	Mago	Ogró	Reina	Agua	Brazalete	Cuerdas	Espada	Galletas
CUENTO	"Dos claves"															
	"El sendero"															
	"Las águilas"															
	"Las fiestas"															
	"La tórtola"															
CON	Agua															
	Brazalete															
	Cuerdas															
	Espada															
	Galletas															
VENCE A	Enano															
	General															
	Mago															
	Ogró															
	Reina															

CUENTO	HADA	VENCE A	CON

SOLUCIONES

"Dos claves", Arianne, ogro, galletas.
"El sendero", Secreta, general, cuerdas.
"Las águilas", Casandra, enano, brazalete.
"Las fiestas", Glenda, mago, agua.
"La tórtola", Marlena, reina, espada.